

El Jinete de la Niebla

Nadie sabía dónde comenzaba aquella niebla. No era una niebla común. No se elevaba desde los ríos ni descendía de las montañas. Parecía brotar de la propia oscuridad, como si la noche hubiese decidido abandonar su forma habitual para convertirse en una sustancia espesa e impenetrable.

El mar permanecía inmóvil. Ni una estrella podía verse sobre el horizonte. Solo el sonido. Primero fue un rumor lejano. Después, un golpe seco. Luego otro. Y otro más.

El inconfundible galope de un caballo. Las aguas permanecían quietas, pero el sonido avanzaba con la determinación de quien conoce exactamente su destino. Desde algún lugar oculto entre la niebla, el caballo corría con furia creciente (Tac, tac, tac, tac). Cada vez más cerca. Cada vez más rápido.

El hombre que guiaba la embarcación observó la blancura infinita que lo rodeaba. Intentó distinguir alguna silueta, algún reflejo, cualquier indicio de aquello que se aproximaba. No encontró nada. Solo el galope. Entonces ocurrió. Un sonido metálico rasgó el silencio (Shhhhiing). Una espada abandonó su vaina. El jinete seguía siendo invisible. Ni el caballo. Ni el rostro. Ni la armadura podían verse. Solo la certeza de que avanzaba directamente hacia él.

El hombre sintió cómo el aire cambiaba de densidad. El caballo estaba encima. La espada se levantó. La niebla se abrió apenas un instante. Una sombra gigantesca descargó el golpe. Y justo cuando el acero descendía para separarle la cabeza del cuerpo... ¡despertó!

No abrió los ojos de inmediato. Primero sintió el frío. Un frío antiguo, mineral, que parecía ascender desde las piedras mismas. Después percibió el peso de su propio cuerpo. Estaba acostado. ¡No! Tendido sobre el suelo. Su mejilla descansaba contra una superficie dura cubierta por una fina capa de polvo. Durante algunos segundos permaneció inmóvil, escuchando. ¡Silencio! Un silencio tan absoluto que resultaba imposible saber si habían transcurrido segundos o siglos.

Abrió los ojos. La oscuridad no era completa. Una luz amarillenta, proveniente de algún lugar imposible de determinar, descendía sobre él como una niebla suspendida. Intentó incorporarse. Los músculos respondieron con lentitud, como si hubiese permanecido dormido durante demasiado tiempo. Al sentarse, sintió una ligera punzada detrás de los ojos. Entonces miró alrededor. Y comprendió que estaba en una biblioteca. No porque hubiese visto los libros primero. Fue la sensación. Esa extraña presencia que poseen los lugares donde se han acumulado pensamientos durante siglos. Después distinguió las estanterías. Gigantescas. Interminables. Elevándose hacia una oscuridad superior donde el techo desaparecía.

Innumerables volúmenes ascendían hasta perderse en alturas imposibles. Filas y filas de volúmenes inmóviles observándolo desde las sombras.

Se puso de pie. El vértigo lo obligó a apoyarse contra una columna. Fue entonces cuando vio el primer cuerpo. Y por un instante creyó que dormía. Pero el segundo estaba demasiado inmóvil. Y el tercero. Y el cuarto. Y el quinto. Los cadáveres aparecían dispersos entre las mesas de lectura, apoyados contra los estantes o tendidos en el suelo como si una fuerza invisible hubiese atravesado la biblioteca dejando tras de sí una cosecha de silencios.

No encontró sangre, heridas, señales de lucha. Aquello era lo más perturbador. Parecían intactos. Simplemente vacíos. Como si algo hubiese abandonado sus cuerpos. O como si algo les hubiese sido arrebatado. Caminó entre ellos.

Los observó. Había ancianos, adultos y jóvenes e incluso algunos niños. Todos conservaban una misma expresión. No era dolor. No era miedo. Era otra cosa. Una especie de ausencia. Como si hubiesen dejado de mirar el mundo mucho antes de morir. Entonces descubrió un objeto entre los dedos rígidos de uno de los cadáveres.

Una pantalla negra y apagada. Más adelante encontró otra, y otra, y otra más. Miles de libros permanecían intactos sobre los estantes. Miles de pantallas descansaban entre las manos de los muertos. Y por primera vez desde que despertó sintió que el jinete de la niebla no había desaparecido. Tal vez simplemente había llegado antes que él.

La visión de aquellos cuerpos inmóviles lo dejó suspendido en una especie de vacío mental. No sintió miedo de inmediato. Fue algo más extraño. Como si su mente se negara a aceptar lo que sus ojos acababan de confirmar. Permaneció inmóvil durante varios segundos, observando los rostros detenidos en expresiones que el tiempo había convertido en máscaras. Intentó comprender qué había ocurrido allí. Intentó encontrar una explicación lógica, una señal de vida, un movimiento, cualquier cosa que le permitiera escapar de aquella certeza insoportable. Nada. Solo el silencio.

Un silencio tan profundo que terminó escuchando los latidos de su propia sangre. La sensación persistía. Volvió a tocarse la mejilla. Esta vez observó con atención la sustancia que manchaba sus dedos. Rojo. No era una gran cantidad. Apenas un trazo irregular que parecía provenir de una herida olvidada.

Un estremecimiento recorrió su espalda. La biblioteca continuaba inmóvil. No era el silencio natural de un lugar vacío. Era un silencio construido. Como si alguien hubiese retirado cuidadosamente cada sonido del mundo.

Se puso de pie lentamente. Las piernas le pesaban. Cada articulación parecía haber envejecido durante el tiempo en que estuvo inconsciente. Miró una vez más las interminables filas de libros. Miles. Quizás millones. Volúmenes que desaparecían en la oscuridad superior. Algunos tenían encuadernaciones de cuero agrietado. Otros parecían estar hechos con materiales desconocidos. Había ejemplares tan antiguos que la tinta de los títulos se había borrado por completo. Y todos parecían observarlo. No los libros. Lo que habitaba dentro de ellos. Esa fue la sensación. Una vigilancia muda. Una atención infinita y silenciosa.

Retrocedió un paso. Entonces vio una pequeña placa de bronce en una pared lateral. BAÑOS. Las letras apenas podían distinguirse bajo una capa de oxidación verdosa.

Caminó hacia allí. Cada paso producía un eco extraño. No rebotaba en los muros. Parecía surgir desde debajo del suelo. Como si otra persona caminara al mismo tiempo bajo sus pies. Como si existiera una segunda biblioteca enterrada bajo aquella. Y una tercera bajo la segunda. Y una cuarta bajo la tercera. Un descenso interminable de corredores, estanterías y sombras. Sacudió la cabeza. Necesitaba aclarar sus pensamientos. Llegó a la puerta. La empujó. Las bisagras emitieron un gemido prolongado. Dentro, el aire era más frío. Un frío mineral. Antiguo. Las lámparas del techo parpadeaban con una luz enfermiza. El baño parecía haber sido construido décadas atrás. Quizás siglos. Los azulejos blancos estaban amarillentos. Algunos habían desaparecido. Otros mostraban grietas oscuras que se extendían como raíces. Se acercó al lavamanos. Abrió el grifo. Nada. Ni una gota. Giró nuevamente. Silencio. Entonces levantó la mirada. Y vio el espejo. Por un instante solo se observó a sí mismo. El cabello desordenado. La piel pálida. La sangre descendiendo desde una pequeña herida cerca de la sien. Su respiración. Su miedo. Su desconcierto. Todo estaba allí. Normal. Humano. Real. Luego parpadeó.

Algo no encajaba. Al principio no supo identificar qué era. El reflejo continuaba allí. Inmutable. Y, sin embargo, una sensación de extrañeza comenzó a abrirse paso dentro de él. Tuvo la impresión de que algo había permanecido inmóvil cuando él se había movido. Una diferencia mínima. Casi imperceptible. Pero suficiente para despertar un miedo antiguo. Volvió a observar los ojos reflejados en el cristal. Seguían ocupando el mismo lugar. Pero ya no expresaban lo mismo. Había algo inmensamente viejo observándolo desde el otro lado. Algo que parecía haber estado aguardando durante siglos. Parpadeó una segunda vez. Y esta vez tuvo la certeza. El reflejo no lo estaba imitando. Lo estaba observando. Entonces comprendió que quien se encontraba al otro lado del espejo ya no era él. Era el Jinete. La misma figura. Los mismos ojos oscuros. Aquellos ojos imposibles que parecían contener noches enteras. No lo miraban desde el espejo. Miraban a través del espejo. Como si el cristal fuera una ventana abierta hacia otra realidad. El corazón le golpeó el pecho con violencia. Intentó retroceder. No pudo. Los músculos dejaron de obedecer. Una fuerza invisible comenzó a extenderse por su cuerpo. Primero en los pies. Luego en las piernas. Después en la espalda. Como una corriente helada. Como raíces creciendo bajo la piel. El reflejo sonrió. No era una sonrisa humana. Era la expresión de alguien que reconoce algo que le pertenece. Y entonces ocurrió. Los bordes del espejo comenzaron a oscurecerse. Las paredes del baño se alejaron. Los azulejos se disolvieron. Las lámparas desaparecieron. La biblioteca entera se fragmentó como un vidrio golpeado por un martillo. Miles de grietas atravesaron la realidad. Y detrás de cada grieta apareció agua. Agua negra. Inmensa. Infinita. El olor a sal invadió sus pulmones. El viento rugió en sus oídos. La temperatura cambió bruscamente. Sintió el movimiento bajo sus pies. Un balanceo. Otro. Y otro más. Cuando logró enfocar la vista, ya no estaba frente al espejo. Se encontraba nuevamente sobre la embarcación. La niebla lo rodeaba. Más densa que antes. Más viva. Ahora parecía respirar. Ondulaba con lentitud, como si enormes criaturas invisibles se desplazaran dentro de ella. Las tablas húmedas del barco crujían bajo sus botas. A lo lejos sonó una campana. Una sola

vez. Grave. Profunda. El sonido tardó varios segundos en extinguirse. Y cuando finalmente desapareció, comprendió algo que hizo que la sangre se congelara en sus venas. No estaba solo. Había alguien más en la embarcación. No podía verlo. Todavía. Pero percibía su presencia. La sentía detrás de él. Muy cerca. Tanto que podía escuchar una respiración lenta. Paciente. Esperando. Como si hubiera estado aguardando durante siglos el momento exacto en que él regresara. Y entonces, desde algún lugar oculto entre la niebla, una voz pronunció su nombre. No su nombre actual. Sino otro. Uno que jamás había escuchado. Y que, sin embargo, reconoció de inmediato. Como se reconocen los recuerdos enterrados durante demasiado tiempo.

La voz volvió a pronunciarlo. Una vez. Después otra. Y otra más. No parecía provenir de la niebla. Ni del mar. Ni siquiera del aire. Parecía surgir desde algún lugar oculto dentro de él. Entonces ocurrió algo extraño. Los rostros de la biblioteca regresaron. No como recuerdos. Como presencias. El anciano. La mujer. El muchacho. El niño. Todos sostenían todavía aquellas pantallas apagadas. Todos conservaban la misma expresión inmóvil. Y por primera vez comprendió algo que hasta entonces había permanecido oculto. Ninguno parecía haber muerto de dolor. Ninguno parecía haber muerto de miedo. Parecían haber muerto distraídos. Como viajeros que olvidaron hacia dónde se dirigían. Como personas que dejaron de mirar el horizonte para contemplar únicamente el reflejo de una luz. Entonces comprendió por qué el espejo le había mostrado el rostro del Jinete.

No era una amenaza. No era una advertencia. Era un reflejo. Durante todo aquel tiempo había creído que el enemigo avanzaba desde la niebla. Había creído que cabalgaba sobre las aguas. Había creído que se ocultaba entre las sombras de la biblioteca. Pero el verdadero campo de batalla nunca había estado afuera. Estaba dentro de él. Bajó la mirada. Y lo vio. La armadura cubría sus brazos, su pecho y sus hombros. La espada colgaba de su costado. Y detrás de él, respirando con lentitud, se encontraba el caballo. Siempre había estado allí. Esperándolo. Una oleada de recuerdos atravesó su mente.

Horas convertidas en segundos. Días reducidos a destellos. Preguntas sustituidas por respuestas instantáneas. Silencios reemplazados por ruido. Pensamientos abandonados antes de alcanzar profundidad. Y comprendió que el poder del Jinete jamás había consistido en destruir. Su verdadera fuerza consistía en distraer. Porque una mente distraída entrega voluntariamente aquello que ninguna fuerza puede arrebatarse. Su libertad.

Entonces la niebla comenzó a abrirse. A lo lejos apareció una luz pequeña, serena e inmóvil. Avanzó hacia ella. Y con cada paso una parte de la armadura caía al suelo. Primero los guantes. Luego el peto. Después la espada. Finalmente el casco. Cuando llegó al origen de la luz descubrió una mesa. Sobre ella descansaba un libro cuyas páginas se movían apenas, como si respiraran. No brillaba. No emitía ninguna clase de energía sobrenatural. Simplemente permanecía allí. Esperando. Como esperan las verdades que no necesitan perseguir a nadie. Se sentó. Y comenzó a leer. Al principio no ocurrió nada. Después comenzó a escuchar sus propios pensamientos. Luego empezó a distinguir cuáles eran realmente suyos y cuáles habían sido sembrados por voces ajenas. Continuó leyendo. Y mientras lo hacía, algo empezó a cambiar.

La niebla retrocedía. Los rostros inmóviles despertaban. Las pantallas caían lentamente de sus manos. La biblioteca recuperaba su respiración. Entonces comprendió que los libros no existían para pensar por nadie. Existían para despertar aquello que había permanecido dormido. Levantó la mirada. La embarcación había desaparecido. La niebla había desaparecido. El caballo había desaparecido. La biblioteca también. Se encontraba sentado frente a una pantalla encendida. La habitación permanecía a oscuras. El reloj marcaba las tres de la madrugada. No sabía cuánto tiempo había pasado. Minutos. Años. Tal vez una vida entera. Tomó el dispositivo entre sus manos. Lo observó durante algunos segundos. Y lo apagó. Después permaneció inmóvil. Pensando. Entonces escuchó algo. Muy lejos. Más allá de la ciudad. Más allá de la noche (Tac, tac, tac). El Jinete seguía cabalgando. Pero ahora sabía reconocerlo.

AUTOR: GERARDO IVÁN TORRES MAYA.